

# RESEÑA HISTÓRICA DE LAS UNIVERSIDADES\*

Darío Cadena Rey MD.\*\*

**H**ace diez años el gobierno nacional nos autorizaba para entrar en funcionamiento la nueva facultad de medicina de la Fundación Universitaria, tras la terminación del contrato con la Universidad del Rosario que operó por cinco lustros. Era una necesidad vital para que los postgrados del Hospital de San José, pioneros en el país, iniciados en la primera mitad del siglo pasado, pudieran sobrevivir y tuviéramos la oportunidad de ofrecerle a los médicos nuevos programas.

Cuando la vida en su transcurrir nos va dejando recuerdos que evocamos en los momentos de grandes acontecimientos, como este de la culminación del esfuerzo para optar el título de médico especialista, comenzamos a otear esa lontananza que apenas entrevemos y que llamamos futuro.

Para comprender y gozar ese orgullo de haber logrado la importante meta que nos propusimos, miremos brevemente al pasado, ese pretérito que nos precedió y que es la historia de la humanidad. ¿De dónde surgieron estas universidades que capacitan profesionales y especialistas? ¿Por qué el modelo que nosotros conocemos es el mismo que adoptaron diferentes pueblos y culturas del mundo?

El origen de las universidades se remonta a las postimerías del siglo VIII y comienzos del IX, cuando los pensadores que rodeaban a Carlomagno hacen el primer intento de organizar centros para la enseñanza. Fue un brote de arte, literatura y ciencia en torno a un líder futurista, que protegió las letras en medio

de las tinieblas y oscurantismo que precedieron al renacimiento. Creó en su palacio una Academia, evocando la casa de Atenas cercana al gimnasio o lugar de estudio del héroe Academo, donde enseñaron Platón y los filósofos de su época. Lo hizo para ilustrar a sus hijos, que no eran pocos porque reconoció a 18, y los de aquellos cercanos al emperador. Con sus leyes capitulares extendió su acción a las parroquias y monasterios, obligando a recibir no solo a los aspirantes a la clerecía sino también a los seglares, para que se educaran los jóvenes de su vasto imperio, hecho que solo prosperó en el país de los francos de donde era originario.

La universidad de París lo erigió patrono como reconocimiento al ideal de organizar la enseñanza en centros especializados, que con el tiempo se llamarían universidades, universales por su naturaleza perteneciente a todos los seres humanos y a todos los tiempos. El místico y austero Valois, Luís XI, obligó a reconocerlo como santo que protegía la Universidad de París con amenazas reales, ya que la iglesia lo desconocía por haber sido canonizado por el antipapa Pascual III.



*Universidad de Cambridge*

\* Discurso pronunciado en la ceremonia de graduación de especialistas de la Fundación Universitaria de Ciencias de la Salud, en el auditorio Guillermo Fergusson del Hospital de San José, el 15 de febrero de 2007.

\*\* Vicerrector de Proyectos Especiales, Profesor Titular de Patología, Fundación Universitaria de Ciencias de la Salud, Hospital de San José de Bogotá.

Fue solo entre los siglos XV y XVII cuando en Europa el renacimiento permitió el florecimiento de las manifestaciones del saber, como una reacción al espíritu escolástico que primó en la edad media, resurgiendo los modelos griegos y el afán de investigación y transmisión del conocimiento en todas las ciencias. Se establecieron las comunidades de maestros y discípulos que avanzaron hasta el Studium Generale, escuelas que no requerían la protección de las catedrales y de la iglesia. Para su funcionamiento se exigió un permiso del Rey o del Papa, que le otorgaba el derecho de conferir grados a sus alumnos, es decir, se estaba creando la licencia para enseñar.

El prestigio de estos centros hizo que se denominaran en una categoría superior como Universitas Studii o Univeritatis Colegium. En 1229 la bula del Papa Gregorio IX reconoció la Universidad de Toulouse y 70 años después Nicolás IV lo confiere a las Universidades de París y Colonia, que llevaban muchos años funcionando con éxito.

La Universidad de París se convirtió en el centro de la cultura occidental con miles de estudiantes, sus propias leyes y tribunales. La élite intelectual creó su propia lengua basada en raíces árabes, griegas y latinas, convirtiéndola en un estado particular de sabios, intelectuales y artistas, conformando la primera y verdadera comunidad universitaria. Había cuatro facultades, tres superiores: las de teología, derecho canónico y medicina, y una inferior, la de artes. El Rector era elegido por la facultad de artes y constituía la máxima autoridad; las decisiones se tomaban por mayoría de facultades.

Los estudiantes, jóvenes privilegiados, se fueron transformando en una masa turbulenta y revoltosa, con frecuentes enfrentamientos entre ellos mismos o con los soldados que era necesario llamar para restablecer el orden. Como la mayoría de estudiantes eran clérigos, usaron su influencia para excomulgar a quienes los atacaran, dejando el poder del perdón en la autoridad del Papa. Para superar tremenda encrucijada los reyes franceses se apropiaron del gobierno de la universidad, con el pretexto de que era “la hija mayor de la corona”. Bien pronto se desató el enfrentamiento con el poder clerical, y las reformas sucesivas fueron recortando la autonomía



Universidad de Oxford

Fotografía: Mark Hakansson. Cortesía de British Council.

y por ende su prestigio. Lo que sucedió en Francia se extendió a los demás países europeos y se inició la era de la universidad confesional. Para educar era requisito hacer profesión de fe y solo enseñar lo que Roma y los cardenales permitieran.

La Revolución Francesa acabó con todo vestigio de enseñanza libre. La época del terror se asentó en la universidad. Fue Napoleón I cuando restableció el orden, quien promulgó el nuevo sistema educacional que aun hoy perdura en su esencia. Creó la Universidad de Francia como ente único que reunió todos los centros de educación superior que habían funcionado y que se regiría por la autoridad suprema del ministro de instrucción pública del Imperio. El colegio inspirado por Roberto de Sorbonne con sus facultades de teología, matemáticas, historia, filosofía y ciencias naturales, continúa en nuestros días con el mismo o mayor prestigio y que conocemos como la universidad que lleva su nombre.

En Italia la más prestigiosa fue la de Bolonia y con grandes diferencias con la de París. Sus 40 Colegios tenían carreras definidas y prácticas. Acudieron estudiantes de toda Europa, en especial de Alemania, de manera que cuando Federico I Barbarroja invadió Italia, protegió el estudiantado creando corporaciones como la Ultramontani, que tuvieron tanto poder que se instituyeron dos rectorías: la de estudios regentado por un maestro y la social por un estudiante elegido por ellos mismos, situación insostenible de efímera duración.

En Gran Bretaña, Oxford y Cambridge se establecen basadas en el modelo de la Universidad de París, al ser expulsados de Francia cientos de estudiantes por Luís VII, como consecuencia de sus innumerables querellas con Enrique II de Inglaterra, como quiera que este casó con Elenora de Aquitania, divorciada de su enemigo francés y adueñándose de los vastos territorios continentales que había aportado Elenora para la consolidación de Francia. Durante la Reforma las universidades modificaron sus constituciones alejándolas de los hechos políticos y religiosos. La fidelidad a la Corona les permitió vincularse a museos y centros de ciencia, y su independencia crítica las ha elevado al puesto de honor que hoy ocupan. La protección a los estudiantes de escasos recursos las llevó a fundar los Halls o residencias estudiantiles que hoy perduran en Gran Bretaña y Estados Unidos.

La aparición de nuevas materias que obedecían al progreso rápido de la humanidad y la necesidad de cambiar los sistemas de enseñanza imperantes, facilitaron el surgimiento de nuevos centros educativos independientes de la clerecía, abiertos a los nuevos descubrimientos y con pensamiento libre de presiones religiosas. Esta concepción tomó gran auge en los países nórdicos europeos en especial Alemania, Inglaterra, Países Bajos y Escandinavia, movimiento que se trasladaría a los nacientes centros educativos del este y centro de los Estados Unidos, y

que con gran rapidez se extendieron por los nuevos territorios que se anexaban a la Unión Americana. Por el contrario, hacia el sur europeo y en América, de Méjico también hacia el sur, seguiría el proceso académico íntimamente ligado a las catedrales y a las comunidades religiosas, que fueron capacitándose y extendiendo su área de influencia. Los tímidos intentos de formar claustros con cierta independencia mental se llamaron Colegios Mayores, que a pesar de ser manejados por frailes permitieron que laicos regentaran cátedras con bastante libertad. Así se vivió en San Marcos en Lima o en San Bartolomé y el Rosario en Bogotá, con personajes tan ilustrados y valientes como José Celestino Mutis o próceres como Caldas, Lozano, Nariño o Torres. Gracias al movimiento independentista criollo, surgieron las universidades y los colegios de artes y oficios, que aún en la actualidad enseñamos sin la rígida férula del control absoluto estatal o religioso.

Hoy, señores graduandos, ha terminado este ciclo del aprendizaje especializado en estas aulas y pabellones de cultura, conocimiento y pensamiento libre, como son el Hospital de San José y la Fundación Universitaria. Están capacitados para entrar a formar su propia identidad en este apostolado del padecimiento que es la medicina verdadera, no la del dinero y el negocio que nos quieren imponer los mercaderes de la salud.

Todos sus profesores y colegas les deseamos el éxito que merecen. Cuando les surjan dudas o vacilaciones recuerden a ese librepensador prerrevolucionario que fue Fedor Dostoiewski, cuando escribió: Monjes ¿Por qué ayunan ustedes? ¿Por qué esperan su recompensa en el cielo? ¿Por semejante recompensa yo también estoy dispuesto a ayunar!

*No... santo monje, se virtuoso en la vida y sirve sin distingo a tus hermanos sin encerrarte en tu monasterio ¡Eso es en verdad el mérito!*

Gracias

